

Soria Mesa, Enrique, *La realidad tras el espejo. Ascenso social y limpieza de sangre en la España de Felipe II*, Cátedra Felipe II, colección Síntesis, Universidad de Valladolid, 2016, 138 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.37.2017.532-534>

El pequeño libro que comentamos lo es solo físicamente. Nada de lo que el autor escribe desdice la magnitud de su trabajo real y la contundencia de sus resultados, basados en una base documental enorme y sometida a la aguda crítica a la que Enrique Soria aplica a todo lo que consulta. El prologuista de la obra, Teófanos Egido, sintetiza sus aportaciones y elogia la pasión narrativa de Enrique Soria, nota singular y característica que viene muy bien al tema que aborda: la realidad de la pervivencia de linajes de origen judío durante un reinado en el que los resortes de represión y de control de la limpieza de sangre, parecerían haber alcanzado su máxima eficacia.

Enrique Soria explica la dificultad –que no supone “bastardeamiento alguno de la investigación”- de ceñirse al reinado de Felipe II –algo impuesto por la orientación de la cátedra Felipe II, comitente del libro-, cuando, como es bien sabido, los procesos sociales no tienen una fecha fija. Pero la resuelve con eficacia centrándose en aquellos casos verdaderamente significativos por la entidad de los personajes o por su protagonismo social, económico, político o religioso, retro trayéndose hasta el siglo XV cuando es necesario para rastrear a los antepasados/as judíos de todos ellos y ellas, no en vano el número y relevancia de las mujeres que aparecen en el texto, les otorga un notable papel. Por otra parte, el reinado de Felipe II fue muy largo y muy abundante en hechos en los que la detección de sangre judaica adquirió una notable importancia, de modo que “el antisemitismo hispano cobró nueva cara mediante los Estatutos de Limpieza de sangre”, cuajados en aquel período. Lo que Enrique Soria pone a la luz es que este y otros mecanismos de depuración fallaron muchas veces y que “la realidad tras el espejo” es la permeabilidad de las instituciones y de los nichos sociales acomodados a favor de quienes por su dinero, su influencia, su estrategia disimuladora, su formación e incluso su atractivo personal, lograron mantenerse o introducirse en donde les interesaba.

Las fuentes sobre las que el autor basa sus conclusiones son, como él mismo dice, variadas y envenenadas, de lo que sale airoso cruzando unas con otras y yendo a aquellas que, en principio, son más cercanas a la vida

del día a día, las escrituras notariales, de las que hace la oportuna reivindicación como esencia misma de la historia social. Metodológicamente, el recurso a los árboles genealógicos del que se hace amplio uso, es absolutamente imprescindible: los casos de ascenso social –y de fracaso– que se exponen y analizan con rigor en el texto solo se pueden comprender mediante el seguimiento hacia atrás de las familias de sus protagonistas, para identificar a los antepasados hebraicos que los “contaminaron”, lo supieran estos o no.

La obra se abre con un provocador título, “amores impuros”, en referencia a dos damas que mantuvieron relaciones privadas con Felipe II, doña Isabel Osorio y doña Eufrasia de Guzmán, por cuyas venas corría algo más que sangre cristiana, lo que lleva a Enrique Soria a afirmar “que los conversos no le daban asco físico al rey Prudente. Al menos, las conversas”. No se trata de una anécdota de las varias que contiene el currículum amoroso de Felipe II, sino de un síntoma de comportamiento. Lo que viene en los demás capítulos demuestra claramente que “en una etapa supuestamente cerrada, fanatizada y dominada por la negra honra, los conversos fueron omnipresentes en la administración del Estado; en el clero, bajo, medio y alto; en el ejército... Y en la alta y media nobleza”, por su cercanía con las oligarquías urbanas, tan nutridas de linajes poco limpios, e incluso en la Inquisición, a la que el autor dedica un capítulo específico, menos para ver su papel represor que para demostrar que no estuvo ajena de individuos de prole conversa.

La necesidad de servidores, que obligó al rey a aceptar a “casi cualquier candidato”, por cuanto hacían falta miles de letrados, clérigos, inquisidores, jueces, arrendadores de rentas, para sostener el aparato del Estado, junto con la venta de oficios y de señoríos para rellenar las maltrechas arcas de la monarquía, y el ansia social de medrar, ennobleciéndose, explican que los linajes conversos encontraran vías para mantenerse o para incluirse con relativa facilidad en instituciones y espacios sociales. Si podían ocultar su ascendencia y no había sospechas, el camino era más o menos fácil, pero si no podían, directamente se construían otra con la ayuda de falsificaciones y de los servicios de falsificadores y de testigos poco escrupulosos.

Como es lógico, no todos los intentos prosperaron, ni cuando lo hicieron lo consiguieron a la primera ocasión: el libro también expone estos casos, casi siempre como consecuencia de estrategias a la contra llevadas a cabo por competidores y enemigos que descubrían un antepasado “infecto” a quienes querían hundir, o se lo inventaban gracias a algún genealogista desaprensivo. Es decir, unos y otros tenían las mismas armas –el dinero, la

influencia, las falsificaciones- y las utilizaban aún a costa de graves situaciones humanas. Y es que si bien Enrique Soria narra de forma ágil y recurre en más de una ocasión a la ironía, subraya esa dimensión dramática, la de la herencia maldita arrastrada durante siglos: “el odio al diferente, el rechazo al extraño, es por desgracia un lugar común en las sociedades humanas”. Nos sumamos a estas palabras, que dan sentido al oficio del historiador, más allá de sus tareas docentes e investigadoras. Y nos sumamos también a la reivindicación que hace respecto a la importancia de la memoria y de su persistencia en el acerbo de una sociedad hondamente racista. Pero quizá las familias de conversos no contaban a sus hijos sus antecedentes, para protegerlos, o se habían perdido las referencias de aquellos parientes que las habían perjudicado del modo que fuera; en nuestras propias familias se dan estos casos con frecuencia, lo que merecería tenerse en cuenta.

OFELIA REY CASTELAO  
Universidad de Santiago de Compostela  
ofelia.rey@usc.es